

Elogio del Doctor Julián Villarreal

Por el Dr. Alfonso Pruneda, Secretario Perpetuo de la Academia Nacional de Medicina *

En el año académico que va finalizando, nuestra corporación se ha visto privada de algunos de sus miembros más distinguidos; pero, quizá, ninguna pérdida haya sido más lamentable que la que sufrió con la muerte del insigne cirujano cuya memoria honramos en esta noche. Es que su actuación en el seno de nuestra Academia fué siempre ejemplar y pasará mucho tiempo, seguramente, para que nos acostumbremos a no tenerlo entre nosotros y a no escuchar de sus labios el apreciado mensaje de su ciencia y de su experiencia.

Don Julián Villarreal nació en la ciudad de Saltillo, Coahuila, el 20 de abril de 1869, y fué hijo de don Lucas Villarreal y de doña Angela Pérez de Villarreal. Hizo sus estudios preparatorios en el Colegio Civil de Monterrey; los terminó en 1887 y al año siguiente ingresó a nuestra Escuela Nacional de Medicina, donde, según el dicho de sus maestros, que mucho lo apreciaron, hizo notable carrera, obteniendo brillantes calificaciones en todos sus exámenes parciales. Se le tenía, con justicia, como uno de los alumnos más distinguidos y por eso tuvo la oportunidad de ser practicante del Hospital "Béistegui", en el servicio del eminente cirujano y severo catedrático don Francisco de P. Chacón. Sustentó examen profesional en los días 30 y 31 de agosto de 1893.

Fué médico del Hospital Morelos, del Hospital "González" de Monterrey y director competentísimo del hospital ginecológico "Valdivieso", en el que realizó una obra quirúrgica de primer orden, que hizo de su clínica privada una de las más concurridas de la capital. Obra igualmente meritísima realizó en el hospital de la Cruz Roja, del que fué también director de 1911 a la fecha de su muerte.

Jefe de trabajos anatómicos de la Escuela Nacional de Medicina en 1894, estuvo alejado de ella hasta 1913, en que fué nombrado su director y profesor de clínica quirúrgica, cargos que desempeñó durante un año escaso, a causa de las contingencias políticas de entonces.

Afecto a los viajes y con recursos para llevarlos a cabo, estuvo varias veces en Europa y Estados Unidos, haciendo estudios de ci-

* Leído en la sesión del 10 de julio de 1935.

rugía y de ginecología en los hospitales de París, Viena y Berlín. Representó a México en diversos congresos médicos. A fines del gobierno del general Díaz y durante la administración del Presidente Madero fué diputado al Congreso de la Unión.

Honró a diversas corporaciones con su colaboración. Fué miembro distinguido de la Sociedad Médico-Quirúrgica del Hospital General, de la Academia Mexicana de Cirugía, de la Asociación Médica Mexicana, de la Asociación Médica Franco-Mexicana, de la Agrupación Cultural de Acción Social, de la Academia Nacional de Ciencias "Antonio Alzate", de la Academia Nacional de Medicina, de la Asociación Internacional de Profilaxis de la Ceguera y del Colegio Americano de Cirujanos; secretario general y más tarde, hasta su muerte, vicepresidente de la Asociación Mexicana de la Cruz Roja; fundador, vicepresidente y presidente de la Asociación Mexicana para combatir el Cáncer; miembro honorario de la Sociedad Médica del Hospital Morelos; vicepresidente de la Sociedad Mexicana de Radiología; presidente de la Convención de Higiene; vocal del VI Congreso Médico Mexicano reunido en Monterrey en 1929; presidente de la Sección de Higiene y ponente de la lucha contra el cáncer en el VIII Congreso Médico Latino-Americano, de 1930.

En 1898 casó con la señorita Emilia González Cosío, dama distinguidísima, que por tantos años fuera su muy amada compañera, y de esa feliz unión nacieron tres hijos: Josefina, Héctor y Jorge. Murió en esta capital el 20 de noviembre de 1934, a los 64 años y 7 meses de edad, después de larga y penosa dolencia, causando su fallecimiento verdadera consternación y muy sincero pesar en la sociedad mexicana, en nuestro medio médico y en las innumerables personas que habían recibido su asistencia.

Don Julián Villarreal fué, sin discusión, uno de los cirujanos de México que más honra han dado a la profesión. Según la atinada frase del doctor Castañeda, "la historia de la cirugía en México no podrá escribirse sin él". Con don Fernando López y el doctor Pagensteher fué el introductor de la asepsia quirúrgica en México; abriendo, como se ha dicho, la nueva era de la cirugía, cuya etapa anterior cerrara don Rafael Lavista. Operador hábil y concienzudo, estaba siempre al tanto de las nuevas técnicas, que, en más de una ocasión, modificara satisfactoriamente. Progresista pero cauto; exigente y muchas veces severo en sus opiniones y juicios; tenía el rigor lógico de otros maestros mexicanos y, como él mismo decía, gustaba de tomar

lo cierto como cierto y lo dudoso como dudoso. Fué de los primeros que practicaron entre nosotros la anestesia raquídea, la regional y la por infiltración, para las grandes operaciones abdominales, en las que pronto se distinguió. Valiente en sus procedimientos, también fué de los que primero hicieron levantar tempranamente a las operadas de vientre. En sus dos memorias que presentó a nuestra Academia, para ingresar a ella, pueden leerse los siguientes conceptos, que son, en realidad, un verdadero programa quirúrgico: "es necesario no ser sistemático y las operaciones, como los métodos terapéuticos, deben satisfacer determinadas indicaciones". En uno de esos importantes trabajos, el doctor Julián Villarreal decía que había tenido en cuenta lo que, con justicia, consideraba como fundamental en todo acto quirúrgico: la asepsia y la antisepsia; el conocimiento de la anatomía regional, normal y patológica; el uso de un procedimiento operatorio seguro y fácil de aplicar y el conocimiento de la fisiología de la cicatrización y del funcionamiento de las paredes del vientre. En la misma memoria para optar a la plaza vacante, añadía: "en este trabajo sólo me he sentido atraído por el esclarecimiento de la verdad: el conseguirlo es el colmo de mis aspiraciones". Y para completar en lo moral el esbozo de la personalidad del que se dedique a la cirugía, agregaba: "Ojalá y siempre los cirujanos tuvieran en cuenta el bien de sus clientes y no el suyo propio, traducido por un deseo inmoderado de fama, cuando no de metálico!" Conceptos todos que, en lo futuro, habrán de servirle como normal general de su actividad profesional y quirúrgica.

Por breve tiempo estuvo relacionado con la enseñanza médica oficial; no obstante eso, se distinguió en nuestra Escuela de Medicina como director estricto y puntual, que fundó la clínica de los tumores y la cátedra de fisioterapia, que se preocupó de la formación de un horario que estuviera al servicio de los intereses de los alumnos y no de los profesores y que hiciera compatibles el estudio y la práctica hospitalaria, y que también dedicó su atención al mejoramiento material del establecimiento.

Mas no necesitó de la cátedra universitaria para enseñar y educar. En los diversos hospitales que honró con su colaboración, fué un verdadero maestro, que daba a conocer a los jóvenes médicos y a los estudiantes que tenían oportunidad de estar cerca de él, los nuevos métodos y procedimientos y las modificaciones que introducía en ellos; que les aconsejaba, en los últimos años paternalmente, de acuer-

do con su amplia cultura y su vasta experiencia, y que, en muchos casos, les hacía participar activamente en las intervenciones, dejándolas completamente en sus manos cuando los consideraba dignos de ello. Los que tuvieron la fortuna de verlo operar, de operar con él y de seguirlo en su visita diaria de hospital, saben bien cuánto le deben y lo recordarán siempre como maestro indisecutable.

El doctor Villarreal dedicó especial atención, durante su práctica quirúrgica, al complejo y difícil problema del cáncer. Convencido de la utilidad de la intervención sangrante cuando es oportuna y completa, la llevó a cabo con éxito en numerosos casos, que acrecentaron su prestigio profesional. Pero no se limitó a la cirugía de los tumores; fué de los primeros, si no el primero, que se interesó en México por el radio; adquirió alguna cantidad de tan precioso metal, que usó con singular cautela y con indicaciones precisas, tanto en su práctica privada como en el servicio del Hospital de la Cruz Roja, donde fueron muchos los beneficiados por su saber, su experiencia y su altruismo. Para extender más esos beneficios y para que pudieran hacerse estudios sistematizados sobre los diversos aspectos del problema del cáncer, con todos los elementos materiales, científicos y clínicos que se requieren, había proyectado el Instituto Mexicano del Cáncer, para el que contó con la simpatía del Presidente Ortiz Rubio, pero que no pudo siquiera iniciar por diversas circunstancias, entre ellas su larga enfermedad. Es de desearse que, como el que habla lo pidió cerca de la tumba del doctor Villarreal, la Junta de la Beneficencia Pública recoja cuanto antes esa idea y procure su pronta realización, para honroso recuerdo de su eminente iniciador y beneficio de los que sufren tan terrible mal.

Si la obra médica y docente del doctor Villarreal fué en verdad importante, no lo fué menos la obra social y humanitaria que por largos años realizó en la benemérita institución de la Cruz Roja Mexicana, a la que consagró, con ejemplar constancia y acendrado cariño, buena parte de su actividad. Sus valiosas sugerencias médicas, sus extensas relaciones sociales y sus atinados consejos humanitarios, mucho sirvieron para la orientación y el desarrollo de la obra patriótica que realiza esa nobilísima agrupación. Nunca habrá de olvidarse la parte tan importante que tomó en el proyecto y construcción del nuevo hospital, en una de cuyas salas recibiera el postrer homenaje. Por esa obra social y humanitaria, mereció el siguiente elogio aparecido en el "Boletín de la Liga de las Sociedades de la Cruz Roja", que se

publica en París: "La familia universal de la Cruz Roja pierde otra figura prócer. El doctor Villarreal deja al morir una estela luminosa de bien, un ejemplo insigne que imitar, un nombre venerado en su patria, respetado y admirado en el extranjero. La Liga comparte el duelo de la Cruz Roja Mexicana por la desaparición del doctor Villarreal, cuyo recuerdo vivirá eternamente en el corazón de todos los que laboramos por la causa que tanto dignificó el extinto con sus virtudes."

Con mayor afecto se le conservará, seguramente, en esta Academia, que por 35 años contó con la muy apreciable colaboración de nuestro ilustre colega. Como resultado de la convocatoria expedida el 1º de noviembre de 1898, para cubrir un sillón vacante en la sección de ginecología, presentaron su candidatura los doctores Francisco Altamira, Ricardo Suárez Gamboa y Julián Villarreal; versando la memoria escrita por este señor sobre el tema: "Manera de practicar la histerectomía abdominal total o supravaginal en las afecciones neoplásicas de la matriz o de los anexos; el fondo de Douglas estando libre o adherente." La discusión de esas candidaturas fué particularmente difícil; el jurado estuvo compuesto de los académicos doctores Francisco de P. Chacón, Francisco de P. Hurtado y Alberto López Hermosa y, después de presentarse tres dictámenes distintos y hacerse tres votaciones sucesivas, se concedió la plaza vacante al doctor Suárez Gamboa; no sin que, en el voto particular del Maestro Chacón, se leyeran estas palabras que revelan claramente la situación existente: "Debimos haber tratado de investigar cuál de estos tres jóvenes, llenos de méritos todos, era el más digno de la plaza, no cuál tenía más defectos en que poderse cebar", y, después de censurar tan poco noble proceder, se agregaba: "Los que saben se ausentarán; los medianos o nulos acudirán por otros medios que el mérito personal o de sus escritos." Ambiente y procedimientos injustamente apasionados que, por desgracia, más de una vez se presentaron en nuestra corporación.

Expedida nueva convocatoria el 1º de febrero de 1899, el doctor Villarreal se presentó como candidato único con un estudio sobre "Tratamiento de los prolapsus genitales fundado en su patogenia"; el jurado, formado por los académicos doctores Hurtado y Suárez Gamboa, dictaminó el 24 de mayo siguiente que el candidato "es acreedor a que se le acepte como socio titular de la corporación" y nuestro eminente colega presentó en julio del mismo año su memoria

de ingreso titulada: "Dos casos de histerectomía supravaginal, abdominal; método de pedículo intraperitoneal; modificación del procedimiento de Schröder. Exitó."

De esa lejana fecha data la colaboración académica que el doctor Villarreal prestara con ejemplar puntualidad y constante entusiasmo. Además de dos dictámenes en que tomó parte y de una respuesta dada al trabajo del doctor Reyes, se le deben 22 trabajos reglamentarios y extraordinarios y más de 30 comunicaciones verbales, acompañados muchos de ellos de la presentación de enfermos o de piezas anatómicas. Entre los importantes temas que trató, pueden señalarse los siguientes: histerectomía; esplenectomía (1899); raquianestesia (1901), cáncer uterino; modificaciones a la raquianestesia y aplicaciones a la cirugía ginecológica; laparotomías, quistes del ovario, fibromiomas, adenocarcinomas uterinos, resección gastropilórica, cáncer tratado por alta frecuencia, rayos X y radio (1926); cáncer de la laringe, resección arterial, anestesia por infiltración por tumor grande de la región glútea; inconvenientes de la radioterapia y de la radiumterapia, etc. Sus trabajos escritos y sus comunicaciones se refieren en la gran mayoría de los casos a su experiencia personal; en ellos hace mención de técnicas suyas o modificadas por él; desde su primera memoria hace hincapié en la "originalidad" de su proceder; en más de una ocasión se revela como un verdadero innovador, poco afecto a hacer citas prolijas de otros autores y a amplificar sus trabajos con largas bibliografías. Desde 1927 casi no presenta estudios escritos; pero trae a la Academia numerosas comunicaciones verbales, que pueden ser consideradas como verdaderos trabajos. Sus ocupaciones no le dejan tiempo de escribir o quizá no gustaba mucho de hacerlo. En todo caso, lo que de un modo o de otro relata, siempre es interesante y refleja bien su personalidad humana y quirúrgica.

Excepcionalmente puntual a nuestras sesiones, tomaba parte siempre en las discusiones relativas a temas de cirugía, en las que daba a conocer puntos de vista interesantes. Su crítica era casi siempre exacta, a veces severa pero nunca descortés; en ocasiones se exaltaba un poco y no era raro que aprovechara la ocasión para aconsejar prudentemente a los jóvenes cirujanos; demostraba estar al tanto de las novedades, pero las aceptaba con prudencia; más de una vez hizo patente que tenía más confianza en los datos de la clínica pura que en los del laboratorio, sin que llegara a despreciar éstos; reglamentarista estricto, su actitud académica fué, por lo general, conservadora,

por más que, en ocasiones diversas, se manifestara de acuerdo con las nuevas tendencias y los propósitos renovadores de nuestra compañía. De ella fué presidente en 1910-1911; pero habiendo pedido licencia en junio de 1911, le sucede el vicepresidente doctor Demetrio Mejía, quien pronuncia, en lugar suyo, el discurso inaugural en octubre del propio año.

Las cualidades de cortesía, de caballeridad y de prestanza social que granjearon merecidamente a nuestro ilustre colega la simpatía y el respeto de la Academia, le dieron un lugar prominente en la sociedad mexicana. Sus clientes acomodados, lo mismo que los enfermos pobres a quienes atendía con igual solicitud, le tuvieron siempre singular estimación y le guardaron gratitud cordial. Ambas se revelaron con excepcional elocuencia en los funerales, que constituyeron una imponente y desusada manifestación de afecto, de duelo y de respeto.

A ella se asoció, en tan triste oportunidad, la Academia Nacional de Medicina, que compartió entonces con las demás corporaciones médicas, científicas y sociales a que pertenecía nuestro eminente colega, el justo pesar que a todos embargaba. Ahora que el tiempo ha pasado, tras el fatal cumplimiento de la inexorable ley biológica; después de haber cumplido un grato deber ensalzando y recordando brevemente lo que fué la meritoria vida y la obra ejemplar de ese prócer de la cirugía mexicana, celebremos que esa vida y esa obra se hayan realizado en buena parte en el seno de esta Compañía, guardemos con respetuoso afecto la memoria de nuestro ilustre compañero y regocijémonos de que nuestro país sea capaz de producir médicos y ciudadanos de la talla insigne de don Julián Villarreal.
